

La primera vez que le vi yo estaba en la azotea con mamá. Todavía no alcanzo a colgar la ropa con mis propias manos, pero si me pongo de puntillas al menos consigo pasarla por encima de la cuerda. Luego mamá le pone las pinzas y el viento se ocupa de darle vida y transformarla: las sábanas en alas de cisnes y de gansos, los vestidos en hadas traviesas que quieren escaparse, los calcetines en tulipanes, amapolas y girasoles. El tendedero es un mundo en sí mismo, que está vivo como un cuadro lleno de colores.

Le vi a través de la puerta abierta del terrao, colocando con cuidado el caballete en el rellano. Me imagino que él también quería que un poquito de ese viento maravilloso acariciase su cuadro, que le diese vida igual que a la ropa colgada. Dicen los mayores de que los cuadros también están hechos de tela, igual que la ropa.

Me lo imagino subiendo las escaleras de caracol de madera, cargado con el caballete, mirando con cuidado cada peldaño para no tropezarse. Aunque él vive en el ático y tiene pocos escalones, debe de ser muy difícil, siendo la casa tan viejita. Como todas las de la plazoleta del barrio del Carme. No me importa que sea viejita porque a mí me encanta mi casa.

Cuando el pintor bajó de nuevo las escaleras, dejando su caballete solitario en la corriente, me acerqué y me asomé, llena de curiosidad. Esperaba encontrar un cuadro maravilloso allí apoyado, esperándome: quizás el retrato de una niña o bien un bosque encantado. O quizás un jarrón lleno de flores. Pero pintada en el cuadro solo había una habitación. Una habitación vacía, llena de colores naranjas, rojos, azules y verdes, pero vacía, al fin y al cabo. Al fondo había un árbol, con sus ramas al viento, esperando algo. O a alguien.

Abrí mi mochila y saqué un papel rosa que tenía y un lapicero. Dibujé un cuadrado grande como si fuera la habitación y también el árbol. No me quedó igual de bonito que a él, pero no importa. Voy a poner a tres, lo he decidido. Uno de ellos está aupado a las ramas del árbol, intentando coger la luna. El segundo está pescando también la luna, la que se refleja en el agua. Y el último... bueno, el último está buscando una tercera luna para él, a través del cielo, como vi una vez en el circo. El alambre será tan fino que parecerá que camina apoyándose en el aire. Me falta firmarlo con tres letras en mayúscula. ANA, ya está. Se lo voy a dejar aquí apoyado, a ver qué tal.

Al día siguiente mamá y yo fuimos a recoger la ropa. Es una pena descolgarla, pero con algo hay que vestirse. ¡Qué sorpresa me llevé cuando, al llegar al último escalón, me encontré de frente con el cuadro! Estaban allí los tres, los recolectores de lunas, tal y como yo los había dibujado. "¡Mamá! Tengo que contárselo a tía Arantxa!", "¿no me ayudas con la ropa?", preguntó mi madre desde el terrao, pero yo ya corría escaleras abajo con el corazón acelerado, avivado por una sensación de magia. Aquellos tres seres habían salido de mi cabeza y ahora vivían en el cuadro del pintor.

Pero aquella tarde, cuando subí de la mano de tía Arantxa para enseñarle el milagro, nos llevamos una nueva sorpresa: el cuadro de los recolectores de lunas había desaparecido. En su lugar, el pintor había dejado un lienzo completamente en blanco y un papelillo con un muñeco que llevaba en la mano un pincel y una paleta y una gran interrogación encima. "Quiere que le demos ideas", me dijo mi tía. Ella es una chica muy lista, que sabe muchas cosas, y enseguida bajó y subió otra vez con un libro entre las manos, del que sobresalía un marcador. Se titulaba "El extranjero" y lo dejó apoyado en el caballete. "Ahora hay que dejarle trabajar", me dijo. Y tenía razón.

Por la noche, cuando ya estaba oscureciendo, salí a la calle con mi tía y me quedé un momento fuera, a pesar del frío, mirando la ventana del pintor. Su luz estaba encendida y le veía mover la mano sin apenas descansar. "Está funcionando", sonrió mi tía.

Era domingo y al día siguiente, por la mañana, tenía colegio. "¡Tenemos que subir, tía! ¡Tenemos que mirar!". "No te da tiempo", insistía mi madre, "vas a llegar tarde al cole...". Pero mi tía Arantxa me tomó de la mano y las dos subimos las escaleras de caracol, peldaño a peldaño, conteniendo la respiración. La madera crujía un poco bajo nuestros pasos, mientras la emoción se nos acumulaba en el pecho. Al final de la escalera nos esperaba el gran regalo del pintor: un cuadro en azules titulado "El extranjero", un generoso "GRACIAS" y una invitación: "Exposición de pintura en Valencia, Sala Carolina. Inauguración el 7 de marzo a las 12.30h".